

Domingo de Ramos - en la Pasión del Señor B



*Tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. (Sal 21,20)*

Conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén

Evangelio

Marcos 11,1-10

Se acercaban a Jerusalén, por Betfagé y Betania, junto al monte de los Olivos, y Jesús mandó a dos de sus discípulos, diciéndoles: – Id a la aldea de enfrente, y en cuanto entréis, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis, contestadle: "El Señor lo necesita", y lo devolverá pronto.

Fueron y encontraron el borrico en la calle atado a una puerta; y lo soltaron. Algunos de los presentes les preguntaron: – ¿Por qué tenéis que desatar el borrico? Ellos les contestaron como había dicho Jesús; y se lo permitieron. Llevaron el borrico, le echaron encima los mantos, y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante y detrás, gritaban: – ¡Viva, bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Viva el Altísimo!

Evangelio alternativo

Juan 12,12-16

El siguiente día, grandes multitudes que habían ido a la fiesta, al oír que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a recibirlo, y clamaban: – ¡Hosana! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel! Halló Jesús un asnillo y montó sobre él, como está escrito: "No temas, hija de Sión; tu Rey viene, montado sobre un pollino de asna". Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio, pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho.

Misa

Primera lectura

Isaías 50,4-7

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor Dios me ha abierto el oído; y yo no me he rebelado ni me he echado atrás.

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba. No oculté el rostro a insultos y salvazos. Mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido; por eso ofrecí el rostro como pedernal, y sé que no quedaré avergonzado.

Segunda lectura

Filipenses 2,6-11

Hermanos y hermanas: Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre"; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble – en el cielo, en la tierra, en el abismo –, y toda lengua proclame: – "¡Jesucristo es Señor!", para gloria de Dios Padre.

Evangelio

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según Marcos 14,1 – 15,47

Pretendían prender a Jesús a traición y darle muerte

Faltaban dos días para la Pascua y los Acimos. Los sumos sacerdotes y los letrados pretendían prender a Jesús a traición y darle muerte. Pero decían: – No durante las fiestas; podría amotinarse el pueblo.

Se ha adelantado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura

Estando Jesús en Betania, en casa de Simón, el leproso, sentado a la mesa, llegó una mujer con un frasco de perfume muy caro, de nardo puro; quebró el frasco y lo derramó en la cabeza. Algunos comentaban indignados: – ¿A qué viene este derroche de perfume? Se podía haber vendido por más de trescientos denarios para dárselo a los pobres. Y regañaban a la mujer.

Pero Jesús replicó: – Dejadla, ¿por qué la molestáis? Lo que ha hecho conmigo está bien. Porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis; pero a mí no me tenéis siempre. Ella ha hecho lo que podía: se ha adelantado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. Os aseguro que, en cualquier parte del mundo donde se proclame el Evangelio, se recordará también lo que ha hecho ésta.

Prometieron dinero a Judas Iscariote

Judas Iscariote, uno de los Doce, se presentó a los sumos sacerdotes para entregarles a Jesús. Al oírlo, se alegraron y le prometieron dinero. El andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?

El primer día de los Acimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: – ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

El envió a dos discípulos, diciéndoles: – Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?" Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Uno de vosotros me va a entregar: uno que está comiendo conmigo

Al atardecer fue él con los Doce. Estando a la mesa comiendo, dijo Jesús: – Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar: uno que está comiendo conmigo.

Ellos, consternados, empezaron a preguntarle uno tras otro: – ¿Seré yo?

Respondió: – Uno de los Doce, el que está mojando en la misma fuente que yo. El Hijo del hombre se va, como está escrito; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; ¡más le valdría no haber nacido!

Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre, sangre de la alianza

Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: – Tomad, esto es mi cuerpo. Cogiendo la copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo: – Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios.

Antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres

Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos. Jesús les dijo: – Todos vais a caer, como está escrito: "Herirá al pastor y se dispersarán las ovejas". Pero, cuando resucite, iré antes que vosotros a Galilea.

Pedro replicó: – Aunque todos caigan, yo no.

Jesús le contestó: – Te aseguro que tú hoy, esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres.

Pero él insistía: – Aunque tenga que morir contigo, no te negaré. Y los demás decían lo mismo.

Empezó a sentir terror y angustia

Fueron a una finca, que llaman Getsemaní, y dijo a sus discípulos: – Sentaos aquí mientras voy a orar. Se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir terror y angustia, y les dijo: – Me muero de tristeza; quedaos aquí velando.

Y, adelantándose un poco, se postró en tierra pidiendo que, si era posible, se alejase de él aquella hora; y dijo: – ¡Abba! (Padre): tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.

Volvió, y al encontrarlos dormidos, dijo a Pedro: – Simón, ¿duermes?; ¿no has podido velar ni una hora? Velad y orad, para no caer en la tentación; el espíritu es decidido, pero la carne es débil.

De nuevo se apartó y oraba repitiendo las mismas palabras. Volvió, y los encontró otra vez dormidos, porque tenían los ojos cargados. Y no sabían qué contestarle. Volvió por tercera vez y les dijo: – Ya podéis dormir y descansar. ¡Basta! Ha llegado la hora; mirad que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega.

Prendedlo y conducidlo bien sujeto

Todavía estaba hablando, cuando se presentó Judas, uno de los Doce, y con él gente con espadas y palos, mandada por los sumos sacerdotes, los letrados y los ancianos. El traidor les había dado una contraseña, diciéndoles: – Al que yo bese, ése es; prendedlo y conducidlo bien sujeto.

Y en cuanto llegó, se acercó y le dijo: – ¡Maestro! Y lo besó. Ellos le echaron mano y lo prendieron. Pero uno de los presentes, desenvainando la espada, de un golpe le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote.

Jesús tomó la palabra y les dijo: – ¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos, como a un bandido? A diario os estaba enseñando en el templo, y no me detuvisteis. Pero, que se cumplan las Escrituras.

Y todos lo abandonaron y huyeron. Lo iba siguiendo un muchacho, envuelto sólo en una sábana; y le echaron mano; pero él, soltando la sábana, se les escapó desnudo.

¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito?

Condujeron a Jesús a casa del sumo sacerdote, y se reunieron todos los sumo sacerdotes y los letrados y los ancianos. Pedro lo fue siguiendo de lejos, hasta el interior del patio del sumo sacerdote; y se sentó con los criados a la lumbre para calentarse.

Los sumos sacerdotes y el sanedrín en pleno buscaban un testimonio contra Jesús, para condenarlo a muerte; y no lo encontraban. Pues, aunque muchos daban falso testimonio contra él, los testimonios no concordaban. Y algunos, poniéndose en pie, daban testimonio contra él diciendo: – Nosotros le hemos oído decir: "Yo destruiré este templo, edificado por hombres, y en tres días construiré otro no edificado por hombres". Pero ni en esto concordaban los testimonios.

El sumo sacerdote se puso en pie en medio e interrogó a Jesús: – ¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que levantan contra ti?

Pero él callaba, sin dar respuesta. El sumo sacerdote lo interrogó de nuevo, preguntándole: – ¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito?

Jesús contestó: – Sí lo soy. Y veréis que el Hijo del hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo.

El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras, diciendo: – ¿Qué falta hacen más testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Qué decidís?

Y todos lo declararon reo de muerte. Algunos se pusieron a escupirle y, tapándole la cara, lo abofeteaban y le decían: – Haz de profeta. Y los criados le daban bofetadas.

No conozco a ese hombre que decís

Mientras Pedro estaba abajo en el patio, llegó una criada del sumo sacerdote y, al ver a Pedro calentándose, lo miró fijamente y dijo: – También tú andabas con Jesús, el Nazareno. El lo negó diciendo: – Ni sé ni entiendo lo que quieres decir. Salió fuera al zaguán, y un gallo cantó. La criada, al verlo, volvió a decir a los presentes: – Este es uno de ellos. Y él lo volvió a negar.

Al poco rato también los presentes dijeron a Pedro: – Seguro que eres uno de ellos, pues eres galileo. Pero él se puso a echar maldiciones y a jurar: – No conozco a ese hombre que decís. Y en seguida, por segunda vez, cantó el gallo. Pedro se acordó de las palabras que le había dicho Jesús: "Antes de que cante el gallo dos veces, me habrás negado tres", y rompió a llorar.

¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?

Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes con los ancianos, los letrados y el sanedrín en pleno, prepararon la sentencia; y, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato.

Pilato le preguntó: – ¿Eres tú el rey de los judíos? El respondió: – Tú lo dices. Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas.

Pilato le preguntó de nuevo: – ¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan. Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba muy extrañado.

Por la fiesta solía soltarse un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto de costumbre.

Pilato les contestó: – ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos? Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia.

Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás.

Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó: – ¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos? Ellos gritaron de nuevo: – Crucifícalo. Pilato les dijo: – Pues ¿qué mal ha hecho? Ellos gritaron más fuerte: – Crucifícalo. Y Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado

Los soldados se lo llevaron al interior del palacio – al pretorio – y reunieron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo: – ¡Salve, rey de los judíos! Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él.

Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo.

Llevaron a Jesús al Gólgota y los crucificaron

Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz.

Y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de "La Calavera"), y le ofrecieron vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno.

Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: "El Rey de los Judíos". Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: "Lo consideraron como un malhechor".

A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar

Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: – ¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz. Los sumos sacerdotes se burlaban también de él diciendo: – A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos. También los que estaban crucificados con él lo insultaban.

Jesús, dando un fuerte grito, expiró

Al llegar el mediodía toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y a la media tarde, Jesús clamó con voz potente: – Eloí, Eloí, lamá sabactaní. (Que significa: – Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?) Algunos de los presentes, al oírlo, decían: – Mira, está llamando a Elías. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo: – Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.

El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: – Realmente este hombre era Hijo de Dios.

Había también unas mujeres que miraban desde lejos; entre ellas, María Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé, que, cuando él estaba en Galilea, lo seguían para atenderlo; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

José rodó una piedra a la entrada del sepulcro

Al anochecer, como era el día de la Preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, noble magistrado, que también aguardaba el Reino de Dios; se presentó decidido ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.

Pilato se extrañó de que hubiera muerto ya; y, llamando al centurión, le preguntó si hacía mucho tiempo que había muerto.

Informado por el centurión, concedió el cadáver a José. Este compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, excavado en una roca, y rodó una piedra en la entrada del sepulcro.

María Magdalena y María, la de José, observaban dónde lo ponían.

Meditación

Existía la costumbre de dar la bienvenida con las palabras del salmo 118,26 a los peregrinos que venían a Jerusalén a celebrar la Pascua. En el caso de Jesús debió de adquirir, debido a su fama, caracteres muy acentuados. Los evangelistas vieron en ello una manifestación, por parte de Jesús, y una aceptación, por parte del pueblo, de su condición mesiánica. Jesús imprime, sin embargo, a su realeza un tono de humildad pacífica. Es el enfoque y comienzo de su pasión: este Rey de los judíos tiene como única grandeza la de servir y entregar su vida. Se despojará de ella en oblación total. Así podrá "decir al abatido una palabra de aliento": Dios lo levantará sobre todo, y toda lengua proclamará: Jesucristo, el Siervo, es el Señor.

Jesús ha muerto por nosotros. Su muerte es un acto de servicio, de amor, de entrega. Ha cargado con el pecado de todos. Se ha sentido solidario de la suerte de la humanidad. Jesús es hombre con los hombres, esclavo con los esclavos, ajusticiado con los condenados, muerto con los muertos; Hijo de Dios entregado para revelar el amor del Padre al mundo y la promesa de vida a todos los que éramos malditos. La muerte de Jesús nos debe abrir a la contemplación del amor de Dios: por medio de El ha firmado una Alianza eterna con todos.